

LA LIBERTAD COMO HAZAÑA DE LA HISTORIA

Por: HÉCTOR CEBALLOS GARIBAY

PREÁMBULO

La libertad, como bien lo sabía Benedetto Croce, es una aspiración humana que sólo adquiere sentido pleno cuando se materializa en la realidad, una vez que ha enraizado y rinde sus mejores frutos sociales: el ejercicio de la autonomía individual y la participación democrática comunitaria. No se trata de una emancipación que esté inscrita fatalmente en el decurso histórico de los pueblos, sino de una conquista civilizatoria lenta y pesadosa, saturada de logros y derrotas, de avances y retrocesos. Debe puntualizarse, además, que la victoria de la sociedad abierta sobre sus enemigos, el despotismo y la sumisión, no está garantizada de antemano y en forma permanente; razón por la cual los avances libertarios tienen que ser salvaguardados y ampliados día con día y en todo el orbe. Desde esta perspectiva resulta ilusorio y hasta contraproducente creer en el advenimiento del “paraíso terrenal” (una sociedad que sería armónica, cuasi perfecta); en cambio, nos parece muy útil y aleccionador documentar cómo y por qué, no obstante las rémoras sociales y los tropiezos políticos ocurridos a lo largo de la historia, la humanidad por fortuna goza hoy de mayores espacios de libertad que nunca antes.

EL DIFÍCIL ALUMBRAMIENTO

En las sociedades de la época paleolítica, cuando las comunidades eran nómadas y la alimentación se basaba en la caza, la pesca y la recolección de frutas, el poder político residía en el más viejo de la tribu. El anciano jefe, para

legitimar su dominación, se apoyaba en los brujos, quienes concentraban y manipulaban la información (magia, herbolaria, etc.) que les era indispensable para mantener la cohesión social de las hordas. Los ritos, los mitos, la hechicería, el arte rupestre, las creencias totémicas, todo ello nos revela la presencia de poblaciones primitivas avasalladas por la escasez, las inclemencias atmosféricas y la lucha por la sobrevivencia. Los individuos apenas se diferenciaban unos de otros, y dependían por completo de la colectividad. El desarrollo de las fuerzas productivas era muy rudimentario y no existía tiempo de ocio. Tampoco había instituciones políticas.

Las primeras civilizaciones (Sumeria, Egipto, Asiria, etc.), ya en el periodo Neolítico, se asentaron alrededor de los grandes ríos y construyeron ciudades populosas y magnificentes (Tebas, Babilonia, Nínive, etc.). Una mayor capacidad tecnológica, sustentada en la división social del trabajo, permitió que estas urbes disfrutaran de una vida sedentaria gracias a las reservas de alimentos generadas por la agricultura y la ganadería, dos hitos en la historia del progreso humano. El sistema de dominación política, de reciente creación, giraba en torno al déspota (faraón, monarca, rey), quien no sólo se arrogaba poderes divinos, sino que también ejercía su mandato omnímodo respaldado por los escribas, los que fungían como intelectuales orgánicos del régimen, cuya función planificadora y directiva hacía posible que los burócratas del reino cobraran el tributo a los campesinos y, sobre todo, que diseñaran los trabajos de ingeniería imprescindibles para irrigar y volver fértiles las áridas tierras de la región. Los sacerdotes, por su parte, también cumplían una función preeminente y vital: sacralizaban al rey y a su estirpe, atribuyéndoles superioridad social y descendencia directa de alguna deidad importante, a fin

de cultivar con ello la devoción y la sumisión religiosa de los pueblos hacia sus gobernantes. La cohesión social conseguida gracias a este eficaz cemento ideológico-religioso, explica por qué no hay testimonios de sublevaciones o revueltas de las clases subordinadas en estas sociedades despóticas de origen milenario. Asimismo, sin el elevado fervor místico tampoco sería posible entender los sacrificios sin cuento que subyacen en la creación del prodigioso arte funerario egipcio (erigido para garantizar la vida eterna de los reyes y plasmado en pirámides, mastabas, templos y sarcófagos), y que igualmente se manifiesta en la fastuosa arquitectura palaciega de los asirios y persas. En este ancestral orden sociopolítico, caracterizado por frecuentes y violentos cambios en su élite gobernante y por la permanencia férrea –casi inmutable- de su estructura socioeconómica, la libertad brillaba por su ausencia.

EL ALBA DEMOCRÁTICA

Una transformación mayúscula, de efectos duraderos y benignos, ocurrió en la Europa mediterránea cuando apareció la propiedad privada de la tierra y el progreso tecnológico posibilitó la división material e intelectual del trabajo. Gracias a ello, se amplió el tiempo libre de las clases dominantes, emergiendo entonces una mayor creatividad y especialización en los campos del arte, la política, la filosofía y la ciencia. En Atenas, durante el siglo V a de C., bajo la égida del Partido del Pueblo liderado por Pericles, nació y prosperó la primera sociedad democrática. El poder público que tutelaba a la polis ya no residía en el mando de un solo individuo (monarquía), ni en la potestad de unos pocos (oligarquía), sino en el gobierno de los muchos, surgido de la voluntad mayoritaria, libre y directa que emanaba de la asamblea popular (la *eclesia*). Se trató, pues, de una época luminosa, quizá la más grandiosa de la historia,

donde venturosamente convivieron personajes de la talla de Heródoto, Fidias, Demócrito, Anaxágoras, Esquilo, Sófocles, Eurípides, Mirón, Polícleto, etc. La contribución de la Hélade a la cultura universal comprendió, amén de la invención del sistema político democrático, otras muchas aportaciones; principalmente los descubrimientos científicos de Pitágoras, Euclides, Arquímedes, etc., y la génesis y el florecimiento de la filosofía racionalista occidental encabezada por Sócrates, Platón y Aristóteles. En el terreno del arte, los modelos estéticos arcaicos (hieráticos y anti naturalistas) fueron reemplazados por el canon clásico (armonía, medida y serenidad); mientras que en el campo de la literatura ocurrió un progresivo proceso de secularización por medio del cual se cuestionó la impronta de los veleidosos dioses del Olimpo en la determinación del destino humano, tal como puede apreciarse en la evolución de la dramaturgia helena (la tragedia y la comedia). Estos avances cruciales hacia un mundo más libre y sabio, más justo y virtuoso, acontecieron en una sociedad (Atenas y luego Roma) donde, paradójicamente, existían tres sectores discriminados y excluidos de la actividad política: los esclavos (base de la economía), las mujeres (relegadas al cuidado del hogar) y los metecos (despreciados por ser extranjeros, es decir, “bárbaros”).

INTERLUDIO REGRESIVO

Que no existe en la historia un progreso incesante y lineal, una ruta ascendente y predeterminada hacia un estadio social superior y paradisiaco, nos lo revela el ejemplo de la Europa medieval, tan crucificada por factores externos y aleatorios tales como las destructivas invasiones bárbaras, las mortíferas pestes, el flagelo del bandolerismo, las constantes guerras y hambrunas, el

cierre de las rutas comerciales entre Oriente y Occidente, etc., todo lo cual condujo a la conformación de un cosmos cerrado y regresivo caracterizado por el estancamiento tecnológico, la economía autárquica, la descentralización política, la concentración de la tierra en latifundios inmensos, la explotación del trabajo de los siervos (atados de por vida al castillo feudal), la construcción de una ideología sectaria que enaltecía a la nobleza y discriminaba a los plebeyos, y la consolidación de un fabuloso poder económico, político y religioso en manos de la Iglesia católica, cuya doctrina escolástica priorizó la fe sobre la razón y condensó la energía social en la salvación espiritual: la búsqueda de la Ciudad de Dios (San Agustín). Los saberes filosóficos estuvieron monopolizados por los monjes y los teólogos, mientras que la mayoría de la población era analfabeta y profesaba credos esotéricos y milenaristas. Durante la Baja Edad Media, las secuelas retardatarias y oscurantistas se hicieron más evidentes y generalizadas al recrudecerse la guerra santa contra los infieles, al practicarse los juicios inquisitoriales contra los herejes (autos de fe y quema de brujas), y al combatir, desde el seno de la Iglesia, cualquier concepción científica que atentara contra la interpretación bíblica y teocéntrica del mundo. Por fortuna, la magnificencia del arte románico y gótico, junto al paulatino surgimiento de las literaturas nacionales (la poesía de los trovadores, los cantares de gesta, la narrativa prerrenacentista), evidenciaron que también había aspectos luminosos y renovadores en este universo medieval predominantemente dogmático y místico.

FLORECIMIENTO AUREO

La cosmovisión moderna europea surgió de un proceso histórico largo y complejo, en el que se conjugaron infinidad de acontecimientos sociales y

políticos que a la postre germinaron en una ruptura radical con el pasado feudal. Ocurrió así una lenta transición hacia la sociedad capitalista, cuyo motor fundamental, a partir de los siglos XIV y XV, fue el auge espectacular de los centros urbanos. En efecto, evadiéndose de sus lazos de servidumbre, los campesinos huyeron del campo a la ciudad para integrarse como mano de obra libre y asalariada en las empresas comerciales, bancarias y artesanales que despuntaban en aquella época. La actividad mercantil constituyó el eje sobre el cual se estructuró la nueva economía, sobre todo a partir del descubrimiento de América y gracias a la ampliación de las rutas marítimas por todo el orbe. Surgió entonces, a partir del siglo XVI, un mundo globalizado que propició una enriquecedora interrelación de culturas, razas, idiosincrasias, obras artísticas, materias primas y productos manufacturados. Este portentoso cambio socioeconómico tuvo, por fuerza, que acompañarse de profundas transformaciones en el ámbito de las mentalidades. Emergió así el espíritu renacentista, mediante el cual se fue sustituyendo la visión teocéntrica por el antropocentrismo, la filosofía especulativa y mística por la concepción científica. La secularización del conocimiento se convirtió en halagüeña realidad, sobre todo luego de que el método racionalista y la investigación empirista se impusieran como prácticas educativas en las universidades; el mejor fruto de todo ello lo fue el surgimiento de nuevas tecnologías y estrategias productivas con las cuales se consiguieron progresos cuantitativos y cualitativos en el nivel de vida de la población. En el fecundo espacio de la creación artística se retomaron los valores clásicos grecolatinos: el naturalismo, el dinamismo, la armonía y la templanza; asimismo se introdujeron numerosas innovaciones creativas: la técnica del óleo, el uso de la perspectiva, el paisaje

realista, la pintura de género. (Genios como Leonardo, Miguel Ángel, Ticiano y Alberto Durero se convirtieron en paradigmas del “hombre renacentista”.) Este temple renovador y libertario se reflejó en la vida cotidiana y en la literatura a través de una actitud irónica y crítica, satírica y escéptica, sin la cual serían ininteligibles las obras insignes de Rabelais, Montaigne, Shakespeare y Cervantes. La gestación de una voluntad crecientemente individualista y aventurera, autónoma y cuestionadora, se potenció gracias a la invención de la imprenta y al uso generalizado del papel, instrumentos que coadyuvaron a la aparición de libros menudos y baratos, esenciales para la mejor y más vasta difusión de la sabiduría humanista. En las siguientes dos centurias, además de acrecentar los conocimientos experimentales, que apuntalaron la concepción heliocéntrica y la fundación de las ciencias naturales (la física, la química, la botánica, etc.), igualmente comenzó el proceso pausado pero incesante de formación del Estado moderno. Nos referimos a la consolidación de un poder político concentrado y centralizado que no sólo representaba políticamente a los imperios y a las naciones en germen, sino que contaba con un ejército propio, un sistema fiscal amplio, una burocracia eficiente, y constituciones normativas de territorios y fronteras bien delimitadas. Y ya desde entonces y hasta el momento presente, la denodada lucha por convertir al Estado en una entidad laica e independiente del poder eclesiástico se convirtió en santo y seña del grado de modernidad alcanzado por cada país. No todo, por desgracia, fueron avances civilizatorios en esta primera época de alumbramiento de la modernidad capitalista (del siglo XV al XVII); baste citar, como ejemplos en contrario, las sangrientas guerras de religión entre católicos y protestantes, los juicios de la Santa Inquisición en contra de herejes y

rebeldes, las expulsiones de judíos y moriscos en la España de los Habsburgo, y la destrucción en Europa y América de aquellos proyectos igualitaristas y comunistas que estuvieron inspirados en las utopías de Tomás Moro, Tommaso Campanella y Francis Bacon. Frente a estos testimonios de sectarismo e intolerancia, conviene recordar el importante papel desempeñado por los misioneros y evangelizadores cristianos que protegieron a los indígenas americanos de los excesos de la explotación colonial, y el legado humanista de personalidades descollantes como Erasmo de Rotterdam y Martín Lutero, cuyos debates ético-religiosos ampliaron los horizontes intelectuales de la época, y con cuyas traducciones de la *Biblia* se impulsó el fortalecimiento de las lenguas vernáculas. Entre los frutos más preciados y significativos deben mencionarse los logros conseguidos por la filosofía del Derecho Natural (Hugo Grocio, Francisco Suárez, etc.), la cual estableció que, en oposición al Derecho Divino, los hombres gozaban de derechos fundamentales que debían ser respetados por los individuos y por el Estado: resguardo de la vida, la libertad, la seguridad y la felicidad. Gracias a esta concepción jurídico-política, la humanidad dio un paso gigantesco en el camino histórico hacia mayores cuotas de autonomía y emancipación.

LA EDAD DE LA RAZÓN

Sapere aude (“Atrévete a saber”) fue la divisa por excelencia de la Ilustración, el convulso siglo XVIII, una centuria en donde venturosamente se amalgamaron las filosofías democráticas y las liberales, la expansión del mercado capitalista y la revolución industrial, la exaltación del libre mercado y los movimientos de independencia anti colonialistas. Las consecuencias del Iluminismo, en efecto, serían definitivas y universales: la progresiva liquidación

de la obsoleta y opresiva sociedad feudal. Fueron muchos los filósofos, economistas y literatos (Locke, Smith, Hume, Kant, Lessing, Rousseau, Voltaire, Montesquieu, etc.) que contribuyeron a la conformación de la teoría liberal-democrática con la cual la humanidad consiguió uno de los hitos más preclaros de su larga historia. Esta cosmovisión igualitaria y libertaria tuvo momentos estelares que deben subrayarse: la defensa de los derechos naturales e inalienables de los individuos frente a la intromisión del Estado; el respeto irrestricto a la propiedad privada y al libre comercio de mercancías (incluida la fuerza de trabajo); la elección de los gobernantes a través de procedimientos democráticos: sufragios periódicos, equitativos, generales, voto individual y secreto, la alternancia política; la igualdad de todos los ciudadanos ante la ley; y la división y el equilibrio entre los tres poderes del Estado (Ejecutivo, Legislativo y Judicial); la existencia de un Estado de Derecho, legal y legítimo, regido por constituciones soberanas; y la convicción de que la sociedad era, en sí misma, un ente conflictivo y plural que obligaba a los individuos a salvaguardar sus diferencias mediante una cultura de tolerancia y respeto mutuos. Así las cosas, cual si fuera un círculo virtuoso, las libertades eran condición indispensable para la existencia del sistema democrático y, viceversa, éste era la única forma de gobierno que garantizaba el pleno disfrute de las libertades. La teoría liberal-democrática, ante la cerrazón política de las monarquías absolutistas y sus respectivas aristocracias, pronto se convirtió en origen e ideario de los tres procesos insurreccionales más importantes de la época: la Revolución de Independencia de los Estados Unidos (1776), la Revolución Francesa (1789) y las revoluciones de independencia de América Latina (a lo largo del siglo XIX). Como consecuencia positiva de estos

movimientos insurgentes no sólo sobrevino la transformación radical y expedita de las estructuras sociales y políticas del *Ancien Régime*, sino que asimismo se formularon y pusieron en práctica los grandes textos constitucionales democráticos de dichos países, incluida la célebre Declaración de los Derechos del Hombre y el Ciudadano. Y no obstante que en la mayoría de los países - durante los siguientes dos siglos- la transición a la democracia se lograría gracias a un proceso paulatino, concertado y pacífico, no cabe duda que las “revoluciones burguesas” siguieron funcionando como el modelo clásico de cambio del feudalismo al capitalismo; un paradigma no recomendable dado sus altos costos a pagar en sangre y sacrificios, pero sí determinante y fundacional desde una perspectiva histórica. El recuento de los hechos que contribuyeron a la gestación de la “conciencia burguesa” no estaría completo si no aludimos al singular papel jugado en este proceso por la novela moderna. En efecto, las clases medias urbanas, cada vez más numerosas y prósperas, reforzaron su identidad social mediante la lectura diaria de los grandes novelistas de la época: Sterne, Defoe, Richardson, Goldsmith, Goethe, Diderot, Prévost, Rousseau, Voltaire, etc., quienes, a diferencia de la literatura épica antigua, recrearon personajes individualizados, de carne y hueso, con rasgos psicológicos propios, y mediante una trama verosímil y secularizada en la que ya no primaban los dioses o el destino, sino que más bien era el carácter específico de los héroes el factor que determinaba el desenlace fatídico o halagüeño de las historias novelescas. El arte, como sucede siempre, se convirtió en un reflejo diáfano y certero de las metamorfosis colosales que acompañaron los nuevos tiempos.

LA EDAD DEL PROGRESO

El crecimiento demográfico y tecnológico durante el siglo XIX corroboró la imparable expansión de la “era capitalista”. Fue un despliegue espectacular de energías y creatividad que se materializó en numerosos descubrimientos científicos, en la invención de máquinas fabriles y de locomoción (gracias al motor de combustión externa), y en la ampliación de la revolución industrial. Las consecuencias sociales fueron diversas: por un lado, estuvieron las positivas: avances en higiene y salud, mayor productividad económica, ensanchamiento del tiempo de ocio, incremento en el bienestar y en los niveles educativos, mejoramiento de las vías y las formas de comunicación (el tren, el telégrafo, etc.); por el otro, se presentaron las negativas: hacinamiento en los suburbios de las grandes ciudades industriales, aumento de la contaminación atmosférica, sobrexplotación de los obreros en las fábricas (principalmente de la mano de obra infantil y femenil, durante la primera fase de industrialización), y proliferación del alcoholismo, la prostitución y el bandolerismo. La traumática adaptación de los ex trabajadores rurales a las nuevas y conflictivas condiciones laborales generadas por el capitalismo en su primera etapa (recuérdese la destrucción de las máquinas por el movimiento luddita inglés), sin duda fue uno de las causas que llevaron a los obreros a organizarse en cooperativas, sindicatos y, más tarde, en partidos políticos que les facilitaran defender con éxito sus intereses gremiales. A estas victorias sociales y económicas, que fueron producto de huelgas y protestas masivas y pacíficas en las calles, se sumaron las movilizaciones ciudadanas en pro de una mayor democratización política: extender el derecho al voto de las clases no aristócratas, tazar la representación del sufragio de acuerdo con el número de

pobladores, mejorar el equilibrio de poderes en el Parlamento, respetar las libertades de crítica y de oposición, disminuir los fueros de la milicia y la Iglesia, etcétera. Numerosos actores participaron en esta perseverante lucha por ampliar y profundizar la democracia en la Europa decimonónica: los cartistas ingleses, los intelectuales, la prensa, los socialistas, los artistas realistas y naturalistas (gente como Daumier, Courbert y Zola, quienes repudiaron con sus obras al *establishment*) y, a finales de la centuria, las esforzadas sufragistas que bregaron por conseguir el derecho al voto de las mujeres. Y cuando la monarquía absolutista, la alta jerarquía eclesiástica y la debilitada nobleza feudal se confabulaban y clausuraban los cambios sociales pro capitalistas, entonces la burguesía podía optar por aliarse con los trabajadores urbanos y responder con insurgencias políticas como las que se generaron durante las oleadas revolucionarias de 1830, 1848 y 1871. Las cruentas luchas entre liberales y conservadores en los países católicos, la difusión de la filosofía evolucionista y positivista (Darwin, Spencer, Comte), así como los movimientos de unidad nacional en Italia y Alemania (1870-1871), constituyeron episodios entreverados o colaterales de la propagación vertiginosa de la sociedad democrática en el ocaso de la centuria.

Detrás de esta epopeya libertaria, nutriéndola y propagándola, encontramos el rico legado teórico-ético dejado por John Stuart Mill, Benjamin Constant y Alexis de Tocqueville, quienes nos heredaron una formulación más precisa e integral del funcionamiento de la cultura democrática. Nos referimos a tópicos tan esenciales como el ejercicio axial de la libertad de expresión y el repudio a la censura; la distinción entre el ámbito público y el privado (la importancia de salvaguardar la vida íntima de los individuos); la obligación de respetar los

derechos de las minorías por parte de las mayorías (para evitar el despotismo de “los muchos”); y las bondades de la democracia representativa sobre la democracia directa (tanto por cuestiones demográficas como por las virtudes de la profesionalización política); y la prevención frente al riesgo de construir sociedades excesivamente materialistas y hedonistas, centralizadoras y homogéneas, en las que pudieran desaparecer las enriquecedoras diferencias entre los individuos. Así entonces, fueron las garantías constitucionales a los derechos civiles, a la autonomía y a la privacidad de los ciudadanos, los elementos que establecerían la distinción entre el progreso civilizatorio conseguido por la sociedad moderna y las limitaciones que caracterizaron a la democracia del mundo antiguo (Atenas y Roma). Desde esta perspectiva, ya se hable del desarrollo tecnológico (los beneficios en bienestar, comunicación, expectativas de vida, escolaridad, etc.) o ya nos refiramos al tema de la ampliación de las libertades, no hay duda que la humanidad ha progresado de manera notable.

LA EDAD DEL ÁTOMO

El siglo XX comenzó, en realidad, cuando a fines del XIX se desarrolló la Segunda Revolución Industrial, cuyos elementos primordiales fueron: el uso del motor de combustión interna; el empleo del petróleo y la electricidad como fuentes de energía, en sustitución del vapor; el desplazamiento del hierro por el acero, como la principal materia prima; el crecimiento de la industria química, reflejado en la aparición de los textiles sintéticos y la producción de colorantes; y el auge de la automatización del trabajo fabril, gracias a la producción en serie y el trabajo en cadena. Esta vigorosa revolución técnico-científica, que marchó a caballo entre las dos centurias, rindió frutos espectaculares y corrió

paralela a la elaboración de inventos como el fonógrafo en 1891, el cinematógrafo en 1895 (Lumiere, Méliès), los aviones de los hermanos Wright en 1902-1903, el modelo T de los automóviles Ford en 1908, el perfeccionamiento del telégrafo en 1909 (Marconi), el crecimiento masivo de la radiodifusión en los años veinte y treinta, y el surgimiento del cine sonoro en 1928.

En el rubro de las teorías científicas y filosóficas, las grandes aportaciones que acontecieron durante estos tiempos no fueron menos espectaculares: Max Planck, Ernest Rutherford, Niels Böhr y Marie Curie contribuyeron con sus planteamientos y experimentos al nacimiento de la física atómica; Albert Einstein formuló su revolucionaria concepción de la Relatividad (1905 y 1912), la cual transformó de raíz la noción newtoniana del mundo físico; Sigmund Freud publicó en 1900 *La interpretación de los sueños*, libro que cambió las tradicionales formas de concebir la conducta humana, gracias a las revelaciones en torno del inconsciente y la importancia capital de la sexualidad; Henri Bergson, con sus tratados sobre el "impulso vital", cuestionó el viejo racionalismo positivista; y, ya un poco más adentrado el siglo, pensadores como E. Husserl, M. Heidegger, L. Wittgenstein y B. Russell establecieron los nuevos y fundamentales horizontes intelectuales para la reflexión fenomenológica, ontológica y de la filosofía del lenguaje y de la ciencia. Debe precisarse, además, que sin estas modificaciones técnicas, teóricas y perceptuales se volvería imposible entender la génesis de la novela moderna (con sus flujos de conciencia y la transposición aleatoria de situaciones, tiempos y personajes, tal como puede leerse en las obras de J. Joyce, V. Woolf y W. Faulkner), o la invención de una estética donde desaparecieron las figuras

reconocibles (abstraccionismo), y que además experimentó creativamente con el uso de montajes y *collages* a la manera como lo hicieron los movimientos artísticos de vanguardia (cubismo, fovismo, expresionismo, dadaísmo, surrealismo) y la plástica y el cine contemporáneos.

El fascinante despliegue técnico-científico y los rutilantes avances sociales y democráticos en el mundo industrializado, durante los albores del siglo XX, no fueron suficientes por sí mismos como para ocultar el *lado oscuro* inherente al proceso de modernización capitalista: el surgimiento de grandes empresas monopólicas (que recurrían al dumping para liquidar la competencia); la repartición y sobreexplotación de los mercados periféricos (proveedores de materias primas y mano de obra barata); el desbordamiento de las rivalidades comerciales y política entre las potencias centrales; y la masificación y automatización de las sociedades urbanas e industriales (tan temida y combatida por pensadores como O. Spengler, M. Scheler y O. Ortega y Gasset). Todo ello, en mayor o menor medida, estuvo en el origen de la devastadora Primera Guerra Mundial (1914-1918). Se trató, sin duda, de una época convulsa y aciaga donde proliferó la hipocresía y la codicia, la prepotencia y el desasosiego.

Estos acontecimientos funestos tampoco pudieron opacar, por fortuna, el *lado luminoso* del desarrollo civilizatorio. En efecto, si gracias al ideario liberal y a las luchas democráticas desplegadas durante la Edad Moderna (del siglo XV al XVIII) se hizo posible conquistar las libertades civiles y políticas esenciales (“derechos de primera generación”), asimismo, producto de las batallas emprendidas por cooperativas, sindicatos, organizaciones internacionales del trabajo, partidos políticos socialistas y socialdemócratas, etc., fue que pudo

volverse realidad el mejoramiento paulatino del nivel socioeconómico de los obreros y campesinos. A este cambio hacia una mayor equidad social también contribuyeron, en tanto que acontecimientos excepcionales, la revolución mexicana (1910-1920) y la rusa (1917), en cuyas Constituciones quedaron garantizadas y enfatizadas las mejoras laborales. Así pues, una figura estelar y tutelar irrumpió en el escenario mundial con una fuerza arrolladora: el Estado como gestor de los servicios básicos y asistenciales para el conjunto de la población: vivienda, salud, trabajo, seguridad social, educación y cultura (“derechos de segunda generación”). Y si bien es cierto que en los países donde triunfó el comunismo, el igualitarismo desembocaría más tarde en un totalitarismo cruel, igualmente es verdad que los *derechos sociales* pasaron poco a poco a formar parte de un modelo político (el Estado Benefactor), cuya influencia crecería después de la segunda posguerra y el cual arrojaría saldos benignos, sobre todo cuando la búsqueda de mayor justicia social no entró en colisión con el respeto al Estado de Derecho y a las libertades constitucionales, tal como de manera ejemplar sucedería en el caso de las sociedades escandinavas.

No todo en este devenir histórico ha sucedido a partir de la loable conjunción entre los idearios libertarios y la voluntad política de ciertos grupos e individuos; también se han verificado transformaciones sociales profundas y duraderas producto de acontecimientos que, aunque hayan provocado muerte y destrucción, igualmente acarrearón consecuencias positivas para el planeta en su conjunto. Veamos dos ejemplos. A causa de la Primera Guerra Mundial y debido al crack económico de 1929, la humanidad modificó de manera radical su forma de concebir la vida y el trabajo, el tiempo de ocio y la productividad.

Gracias a esos cataclismos, en efecto, ocurrió una mutación global y radical de la vieja mentalidad rural, provinciana y cerrada que había prevalecido en los siglos previos. Con respecto al asunto bélico, de pronto multitud de mujeres dejaron de ocuparse exclusivamente del trabajo doméstico, y por razones pragmáticas e imperiosas se incorporaron al trabajo económicamente activo en las fábricas y en el sector público o de servicios. Este hecho, mejor que cualquier discurso libertario, resultó decisivo para potenciar la consecución de una mayor igualdad entre los hombres y las féminas. En relación con la debacle financiera, sucedió que ininidad de personas quedaron temporalmente en el desempleo, y no sería sino hasta que se dio la reactivación económica cuando por fin se generaron nuevas y más atractivas fuentes de trabajo así como perspectivas rápidas y generalizadas de movilidad social, posibilitándose con ello la ulterior multiplicación de las clases medias urbanas.

El periodo de entreguerras (1918-1939) ha sido uno de los más funestos y retardatarios de la historia contemporánea. Por un lado, la crisis económica en Estados Unidos alcanzó repercusiones mundiales a principios de los años treinta, expandiendo por doquier las amargas secuelas de pobreza, estancamiento, marginación y quiebra masiva de empresas. Por el otro, Alemania, la principal potencia perdedora de la Gran Guerra, quedó en extremo resentida por las condiciones gravosas que le impusieron los países vencedores (pagos de indemnizaciones, cesión de territorio, desarme, etc.), y ello se convirtió en caldo de cultivo para que el partido nazi de Hitler se pudiera colar al poder, desde donde enarboló una política agresiva y vengativa sustentada en cuestiones como: la movilización ultranacionalista, el odio racial y étnico a los judíos y otras minorías, el rearme militarista, y la censura y

represión contra liberales, socialistas, comunistas, católicos, intelectuales y artistas. La atmósfera psicológica prevaleciente en la época era de angustia y desazón, factor explicativo del fuerte atractivo que en esta época tuvieron las ideologías fascistas y comunistas. Y ya fuera en Italia, donde se creó un Estado corporativo dirigido por un líder redentor (Mussolini), o ya fuera en la URSS, erigida sobre un sistema totalitario (gulag, partido único, líder absoluto, etc.), la democracia sería una asignatura pendiente por mucho tiempo. Ofuscados con las promesas utópicas del comunismo, muchos intelectuales de Occidente mantuvieron sus ilusiones dogmáticas por mucho tiempo; otros, como S. Spender, I. Silone, A. Koestler y G. Orwell, pronto descubrieron los saldos trágicos dejados por el sistema de dominación estalinista.

Un primer combate decisivo, a fin de salvar las conquistas democráticas y el ideario liberal, se escenificó durante la Segunda Guerra Mundial (1939-1945). Y aunque los soviéticos se aliaron temporalmente con los gobiernos democráticos (Inglaterra, Francia, EEUU) para defenderse de las huestes hitlerianas, fueron éstas quienes, dado su programa de expansión militar, conformaban el enemigo inmediato a vencer. Las dramáticas revelaciones del holocausto de seis millones de judíos, un genocidio realizado por los nazis en forma clandestina y científicamente programada, corroboraron que el proyecto hitleriano constituía la amenaza más grave y demencial que había enfrentado la humanidad en toda su historia. Los bombardeos atómicos sobre Hiroshima y Nagasaki, ya en el ocaso del conflicto bélico, cerraron esta funesta “temporada en el infierno”, y abrieron una nueva en donde los principios éticos se someterían cada vez más a la “razón cínica” de los gobernantes.

AVATARES DE LA “GUERRA FRÍA”

A partir de la Conferencia de Yalta (1945), el mundo se dividió en dos grandes bloques político-militares: por un lado, el mundo occidental capitalista, liderado por Estados Unidos y representado en la OTAN (1949) y, por el otro, los países del orbe socialista, encabezados por la URSS y aglutinados en el Pacto de Varsovia (1955). Sería en los contornos de este contexto geopolítico, tan saturado de disputas ideológicas y propaganda mediática, donde sucederían los más conspicuos acontecimientos sociopolíticos de la segunda mitad del siglo XX (1945-1980). La mayoría de estos hechos representaron avances igualitarios o libertarios, otros serían episodios circunstanciales, y sólo unos cuantos se sumarían a la lista de retrocesos civilizatorios de la humanidad: la "guerra fría" y la política de disuasión nuclear entre las dos superpotencias; el Plan Marshall y la poderosa reactivación económica de Alemania y Japón, bajo la égida de las inversiones norteamericanas; los Acuerdos de Bretton Woods, la creación del Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, y la hegemonía monetaria del dólar; la “caza de brujas” anticomunista durante el macartismo; los procesos de descolonización y de revolución política en naciones como India, China, Vietnam, Argelia, Cuba, Tanzania, Mozambique, Angola, Nicaragua, etc.; las luchas reivindicativas del Movimiento de los países No Alineados y el surgimiento de la Organización de Países Exportadores de Petróleo; las guerras en el Medio Oriente y el conflicto entre el Estado judío y los palestinos; la competencia entre EEUU y la URSS por la conquista del espacio exterior y el primer viaje a la Luna; el genocidio cometido por paramilitares maoístas del khmer rojo, dirigidos por Pol Pot, en Camboya; la

liquidación de las experiencias socialistas con “rostro humano”, en Hungría y Checoslovaquia (La Primavera de Praga) por parte de los tanques rusos; la caída del régimen dictatorial y la aparición de gobiernos democráticos tanto en países europeos (Grecia, Portugal, España) como en la región del Cono Sur latinoamericano (Brasil, Argentina, Chile, Uruguay, Paraguay).

La fragorosa epopeya humana en pos de un mundo más libre y justo, autónomo y tolerante, enfrentó infinidad de obstáculos y contratiempos en un camino que ha sido largo, tortuoso y sin certezas ni salvaguardas absolutas. La conquista del sufragio universal, por ejemplo, no se generalizaría en todo el orbe sino hasta después de la Segunda Guerra Mundial. En efecto, las restricciones al voto femenino persistieron por muchos años incluso en países avanzados como Francia y Suiza, y las limitaciones al voto de los negros fue un estigma de larga data en la democracia norteamericana. Tuvieron, pues, que ocurrir cambios profundos en la mentalidad de la gente para que, por fin, se enraizara en las sociedades la costumbre de interactuar unos individuos con otros sin anteponer prejuicios políticos, sexuales, raciales, sociales y étnicos. La mejor contribución a este cambio de mentalidad se dio gracias al *movimiento contracultural* ocurrido en el mundo industrial durante los años sesenta y setenta, cuyas expresiones más críticas y contestatarias tendrían consecuencias libertarias a corto y largo plazo: la ruptura generacional a partir del espíritu lúdico y anti solemne de los jóvenes; la revuelta estudiantil a favor de nuevas prácticas pedagógicas y anti jerárquicas; las consignas de amor y paz de los hippies; la confraternidad musical a través del rock y mediante el uso experimental de psicotrópicos; la búsqueda de la plena igualdad por parte de los negros (*black power*) y las mujeres (feminismo); y los demoleedores

cuestionamientos al *establishment* social y político por parte de las teorías en boga (la antipsiquiatría, W. Reich, H. Marcuse, M. Foucault, G. Deleuze, etc.). Gracias a este tipo de luchas (que modificaron los patrones de conducta en la vida cotidiana y que condujeron a una estructuración más horizontal en el seno de instituciones como la familia y la escuela), y debido también a las reivindicaciones tanto de los movimientos sociales (sobre todo pacifistas y ecologistas) como de las organizaciones no gubernamentales (que cobraron vida en las últimas décadas del siglo), fue que la humanidad logró escalar hacia la obtención de los “derechos de tercera generación”: justicia internacional, protección de la naturaleza, solidaridad social, vida digna, coexistencia pacífica, y garantías a la diversidad y autodeterminación de y entre los pueblos.

La vieja disputa ideológica en torno a qué sistema sociopolítico era mejor, si el capitalismo o el comunismo, se fue zanjando no en el terreno de los debates conceptuales sino en la materialidad cruda y dura de los hechos. Así entonces, el mundo asistió al rotundo fracaso de las experiencias totalitarias, tanto en su versión soviética como en la china (cuya Revolución Cultural no hizo sino acentuar el carácter retrógrado y despótico del régimen); la promesa utópica de que estos países arribarían a un mundo de igualdad social, superior en todo a la sociedad capitalista, jamás se cumplió. Desdichadamente, prevaleció en ellos la dictadura del líder, el dominio autoritario del Partido Comunista, la intromisión del Estado en todos los aspectos de la vida social y privada, el control y la manipulación ideológica de las conciencias, la conculcación de los derechos humanos esenciales, y la represión a cualquier disidencia. Para colmo de males, el desarrollo económico y tecnológico continuó siendo inferior al logrado por las sociedades capitalistas. En el cosmos de las sociedades de

libre mercado, por el contrario, el crecimiento económico fue constante y se extendió incluso a los países subdesarrollados (México, por ejemplo, creció a una tasa promedio del seis por ciento anual entre 1950-1970). Estados Unidos, en lo particular, no sólo ostentó su papel de gran potencia (recurriendo a intromisiones militares directas e indirectas –a través de la CIA- en países como Vietnam, Cuba, Granada, Irán, Indonesia, Chile, Panamá, etc.), sino que no tardó mucho en ganar la competencia económica, científica y tecnológica a la URSS, lo que de paso corroboraba la superioridad de un régimen sociopolítico que garantizaba las libertades e incentivaba la creatividad y productividad de los individuos. Y si bien el modelo capitalista norteamericano puede ser criticado por su largo historial de prepotencia hegemónica o por las extremas desigualdades que emanan de su forma peculiar de vida (actualmente: el uno por ciento de la población controla la tercera parte de la riqueza del país), no sucede lo mismo con el loable ejemplo del paradigma sociopolítico legado por los partidos socialdemócratas escandinavos: países que han podido sortear las crisis económicas recientes, manteniendo altos índices de desarrollo y bienestar social sin que nunca hayan dejado de fortalecer su indubitable apego a los valores democráticos. (Incluso cuando, esporádica y democráticamente, arriban al gobierno partidos de derecha, éstos conservan incólumes los fundamentos generales del Estado Asistencial.)

A fines de 1989, luego de ciertos antecedentes fundamentales (las luchas del sindicato Solidaridad en Polonia, la “Carta 77” en Checoslovaquia, la *Glasnost* y la *Perestroika* de Gorbachov en la URSS, etc.), ocurrió finalmente y de manera sorpresiva la caída del Muro de Berlín, precipitándose con ello la disolución de la propia URSS, decretada formalmente en 1991. Y a pesar de

que aún hoy subsistan países comunistas como Corea del Norte, Vietnam, Cuba y China, no hay duda que estos países pagan un costoso precio al perpetuar la contradicción entre, por un lado, los esfuerzos para avanzar hacia una economía más libre y privatizada (recuérdese la ejemplar modernización económica china iniciada por Deng Xiaoping desde 1978) y, por el otro, la permanencia de un Estado centralizado y totalitario, cuyo representante más cerrado y abyecto lo sigue siendo el dictador coreano Kim Jong Il. Debe añadirse, por elemental justicia, que la colosal victoria moral y política del capitalismo sobre el comunismo no hubiera sido posible sin la contribución teórica (libros, artículos, debates) de intelectuales de la estatura de Karl Popper, Isaiah Berlin, Raymond Aron, Giovanni Sartori y Norberto Bobbio, o sin el expediente luminoso de las magistrales novelas anti totalitarias de E. Evgeni Zamiatin, George Orwell, Victor Serge, Alexander Solzhenitsin y Milan Kundera.

LUCES Y SOMBRAS DE LA POSMODERNIDAD

El ocaso del turbulento siglo XX se cerró con una vorágine de transformaciones de gran calado y bajo el manto irreversible de la *globalización*: un proceso histórico cuyos efectos han sido más benignos que dañinos y el cual nos compromete a ser más responsables en tanto que habitantes de mismo planeta. A lo largo de los sesenta años previos, la Tercera y Cuarta Revolución Industriales irradiaron y sobre determinaron cada suceso trascendente o banal sucedido en la sociedad contemporánea, todo ello gracias a la invención de prácticas científicas y tecnológicas que abrieron las puertas a la actual “sociedad del conocimiento”: la cibernética, la robotización, la biotecnología, los rayos láser, los microcomponentes, los satélites y las naves espaciales, los materiales plásticos y sintéticos, la nanotecnología, el empleo pacífico de la

energía nuclear, la difusión masiva de la televisión, el cine y los videos, la telefonía celular, y todo lo que hoy en día constituye la “era virtual y digital”.

Durante los años setenta del siglo pasado, el modelo político del Estado Benefactor entró en una grave crisis, producto de los excesos intervencionistas de ciertos gobiernos paternalistas y populistas (en México tuvimos el expediente de los presidentes L. Echeverría y J. López Portillo), y a causa del aumento injustificado de la burocracia, de la corrupción de la clase política y del despilfarro de recursos públicos (vía subsidios, dádivas políticas e inversiones improductivas). En la mayoría de estos casos se produjo una “crisis fiscal del Estado” y ésta, a su vez, se tradujo en hiperinflación y en descontento del electorado. Las consecuencias fueron contundentes y se reflejarían a lo largo de las tres últimas décadas de la centuria: el ascenso al poder de partidos y líderes conservadores (Margaret Thatcher, Ronald Reagan, Salinas de Gortari, Carlos Ménen, etc.); la propagación de un nuevo paradigma socioeconómico, el modelo monetarista de la Escuela de Chicago y del “Consenso de Washington”, sustentado en mecanismos como la desregulación, la privatización, la reducción del gasto público, la apertura comercial, etc.; y la difusión de la teoría del “fin de la historia” (Fukuyama) con su prédica, una vez derrotada la utopía comunista, del “pensamiento único” neoliberal. Es cierto que el talante auto celebratorio y la reacción ideológica resultaron excesivas y un tanto extremistas, pero no hay duda que la opción política derechista prevaleciente durante esta época fue elegida con estricto apego a las reglas democráticas. En cambio, lo que sí puede considerarse francamente reprobable es el papel protagónico y unilateralista que asumió Estados Unidos luego de la extinción política de la URSS. Los halcones del Pentágono, en este

tenor, no se tocarían el corazón para imponer su lógica neoconservadora e intervencionista (concepto de “guerra preventiva”) a la comunidad internacional, sobre todo durante la intervención militar ordenada por George W. Bush a fin de derrocar a Saddam Hussein, el dictador iraquí (2003).

El cambio de siglo y milenio ha sido testigo de infinidad de acontecimientos sociales y políticos de enorme envergadura, todos los cuales permiten intentar un balance somero del estado de salud que guarda la civilización en cuanto a los progresos de la libertad y la justicia social. Sin duda y por fortuna, en los últimos veinte años han habido grandes conquistas que deben enfatizarse: la liquidación del Apartheid y la presidencia bienhechora de Nelson Mandela en Sudáfrica (años noventa); la predominancia numérica de los gobiernos de tradición democrática (sean repúblicas o monarquías parlamentarias; se trate de partidos conservadores, liberales o socialdemócratas) por encima de los regímenes de corte autocrático o dictatorial; el triunfo electoral de Barack Obama (2008-2009) como presidente de Estados Unidos, dándose así el paso hacia una política respetuosa del derecho internacional y de búsqueda de consensos multilaterales; la socialización de las nuevas tecnologías (los teléfonos celulares y el Internet con sus dispositivos de Facebook, twitter, etc.), herramientas que han mejorado la comunicación global instantánea y promovido la participación política de la gente, sobre todo de los jóvenes; las halagüeñas y muy recientes revueltas prodemocráticas en los países árabes (Túnez, Egipto, etc., en este 2011), que no sólo han derrocado pacíficamente a dictadores vetustos, sino que también han desmentido el concepto de “choque de civilizaciones” (Huntington), el cual sostiene que las culturas musulmanas son intrínsecamente anti occidentales y reacias a los valores democráticos; y el

mejoramiento de la capacidad de consumo de millones de personas (sobre todo en el seno de las poderosas economías emergentes de los BRICS), que en los tiempos recientes han salido de la pobreza extrema y ahora están en condiciones de ampliar el tiempo de ocio y sus expectativas de vida. Sobre este último punto vale la pena insistir en que, al desaparecer la extrema desigualdad entre ricos y pobres, disminuye al mismo tiempo la conflictividad social que es inherente a las relaciones humanas. Un Estado legal y legítimo, liberal y democrático, acotado en sus funciones políticas específicas, no debe olvidarse jamás de su papel primordial como instrumento al servicio de la concordia y el bienestar general de los ciudadanos.

En este mismo lapso, a caballo entre ambos siglos, la humanidad ha padecido también funestos tropiezos y regresiones civilizatorias que no deben soslayarse: la matanza de jóvenes pro democráticos en la plaza china de Tiananmen (1989); las guerras de limpieza étnica en la ex Yugoslavia; las sangrientas pugnas interétnicas en África (Darfur, Ruanda, Sudán); el oprobioso crecimiento de la xenofobia, el racismo y las políticas anti inmigrantes en contra de poblaciones migrantes provenientes de Centro y Sudamérica (en Estados Unidos) y del Magreb, África subsahariana y los países ex socialistas (en Europa); los mortíferos atentados terroristas del fundamentalismo islamista en territorio estadounidense (Nueva York, Washington, 2001), y en ciudades como Madrid (2004) y Londres (2005); la crisis económica del 2008-2009, que mostró los efectos negativos de un mercado financiero e inmobiliario demasiado desregulado, codicioso y rapaz; y la proliferación de los “Estados fallidos”, sumidos en la espiral delictiva de ese

poder clandestino y paralelo (la narco-violencia) que daña gravemente la paz y la civilidad sociales.

Luego de esta extensa enumeración de luces y sombras del mundo posmoderno, puede colegirse que la cotidiana batalla en pro de la democracia y la libertad no está ganada ni mucho menos garantizada de cara al presente y el futuro de la humanidad. Son muchos y muy grandes los peligros y los desafíos que nos asechan, tales como la amenaza de padecer un ecocidio progresivo e incontrolable del Planeta, o el creciente y peligroso choque entre dos derechos fundamentales: el derecho de las poblaciones, por un lado, a mejorar su nivel de vida (mediante el disfrute de más y mejores bienes y servicios); y, por el otro, el derecho a tener acceso a recursos como el agua, el aire limpio y las fuentes energéticas, que amén de ser limitados también son indispensables para la existencia. En este universo cada vez más acotado en cuanto a los recursos naturales disponibles y tan desigual en lo concerniente a la distribución del poder político y la riqueza económica, cabe formular una pregunta crucial y acuciante: ¿acaso será posible, algún día, garantizarle a la humanidad entera esos goces esenciales e imponderables que ofrece la cultura democrática: libertades, privacidad, poder popular y autonomía?

De todas suertes, lo único que sí resulta creíble y constatable es la necesidad de fortalecer, en un cosmos que es intrínsecamente conflictivo y diverso, plural y multiétnico, la cultura de la tolerancia democrática: la convicción de que aceptar la diversidad política, sexual, racial, etc., no sólo es la mejor manera de fomentar la paz y la racionalidad sociales, sino que también es la forma óptima de enriquecernos a partir de compartir los muchos valores que nos identifican como especie. Y no obstante los riesgos ineludibles de

padecer involuciones sociales, se puede afirmar sin temor a equívocos que, hoy en día y en todo el orbe, la libertad es el mejor fruto –una verdadera hazaña- de nuestra historia común.

POSTSCRITUM

Cuando Benedetto Croce publicó *La historia como hazaña de la libertad* (1938), predominaba en la historiografía europea una visión de raigambre historicista y hegeliana: el Espíritu (la libertad, para el italiano) finalmente terminaría, luego de su periplo dialéctico por el mundo, realizándose en la historia como el más alto de los ideales. La libertad, por desgracia, no conforma un sujeto metafísico que tenga garantizado su triunfo definitivo al final del decurso histórico; más bien, la libertad es el resultado de la praxis social humana, de la actividad de hombres y mujeres concretos que cotidiana y permanentemente se enfrentan al reto de perder o salvaguardar esos derechos y conquistas civilizatorias que tantos sacrificios les ha costado conseguir a lo largo de la historia. (La historia, además de ser tiempo y memoria, también es la acumulación del acervo tangible e intangible de todas las culturas humanas.) Y para que la humanidad salga avante de tamaño desafío, nada mejor que fortificar y difundir el amor a la cultura democrática.

Marzo-abril, 2011, Sés Jarháni, Uruapan, Mich.